

cia de diez justos habría podido impedir la destrucción de Sodoma, y detener la lluvia de fuego que cayó sobre esta desgraciada ciudad. Pues del mismo modo, los pecadores mezclados á los justos impiden la plena efusión de las divinas misericordias que Dios estaría dispuesto á derramar sobre las naciones. El tercer obstáculo viene de los mismos justos, que no dejan de tener sus imperfecciones morales; y éstas, aunque con menos fuerza que el pecado, no dejan de detener la liberalidad divina, obligándola á mostrarse más reservada en la distribución de las gracias. Mas en el cielo, todos estos impedimentos habrán desaparecido, porque allá no hay pecado, ni mezcla de los justos con los pecadores, ni ninguna imperfección moral en los justos. Entonces, no existiendo ya ningún obstáculo, siendo derribados todos los diques, la divina beneficencia derramará sobre los bienaventurados la plenitud de sus favores. Entonces, pues, las almas serán llenas de un gozo que correrá, nó como de una fuente ordinaria, sino con la abundancia de los ríos y de los torrentes. «Tú los harás beber en el torrente de las delicias, y los embriagarás con la abundancia de tu casa.»¹ Serán colmados, rebozarán de alegría sin poderla contener; y por consiguiente, podrá decirse nó solo que el gozo ha entrado en su corazón, sino también que su corazón ha entrado en el gozo.² Ved aquí á qué grado de profusión llegará la bondad del Señor para con sus escogidos, y haced las reflexiones siguientes: Dios, en este mundo es liberal para con los pecadores, aunque son sus enemigos; y es liberal para con ellos, á causa de algunas de sus acciones que son moralmente buenas. No pretendo que estas acciones sean sobrenaturales; antes son muertas, pues les falta la vida de la caridad. Sin embargo, en recompensa de sus virtudes humanas, dió Dios á los Romanos el dominio sobre una gran parte del mundo, según dice San Agustín. Y ahora, razonando con el mismo

¹ Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ et torrente voluptatis tuæ potabis eos. Psal. XXXV, 9.

² Intra in gaudium Domini tui. Matth. XXV, 21.

Santo Doctor, pensad, qué bienes tendrá el Señor reservados á sus amigos, para recompensarles las acciones verificadas sobrenaturalmente por la gracia habitual. «¿Qué dará Dios á aquellos que ha predestinado á la vida, él que ha dado estas cosas á los que ha predestinado á la muerte?»¹ Y si Dios, siendo más bien inclinado á hacer el bien que á castigar, derrama en el infierno sobre los condenados tan gran diluvio de penas, como lo habeis visto en la octava meditación, y sin embargo los castiga *citra condignum*, ¿qué diluvio de goces nó derramará sobre los escogidos, que son recompensados por él *ultra condignum*? Animaos pues á servir con todas vuestras fuerzas á un Señor que recompensa con tanta superabundancia los servicios que se le hacen.

3.— La causa material de vuestra bienaventuranza, serán todas vuestras potencias; tanto las espirituales del alma como las materiales del cuerpo. Es verdad que la bienaventuranza substancial estará en el alma; pues vuestro entendimiento verá á Dios inmediatamente, y nó por medio de alguna especie creada, porque la divina esencia llenará el oficio de especie inteligible; así es que conoceréis á Dios de la misma manera con que se conoce á sí mismo.² Cuántas verdades naturales y sobrenaturales vereis en Dios! Con una sola mirada sereis en un momento incomparablemente más docto que los Platones, los Aristóteles y los Agustines: ahora os fatigais sobre los libros para adquirir una ciencia; y muchas veces no aprendeis otra cosa, sino que no sabeis nada. Entonces, en un momento, aprendereis en el Verbo todas las ciencias sin ningún trabajo. ¡Qué digo! La ciencia de todos los Doctores pasados, presentes y futuros, no será más que ignorancia al lado de la vuestra. Vuestra voluntad poseerá en Dios todo bien, quedará sumergida en la divina felicidad, con una amistad tan estrecha para con Dios, que Dios se complacerá en vuestro bien, como si fuese el suyo

¹ Quid dabit Deus iis quos prædestinavit ad vitam, qui hæc dedit iis quos prædestinavit ad mortem?

² Similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est I. Joan. III, 2.

propio, y vos os gozareis en el bien de Dios, más que en vuestro propio bien. No tendreis ningún deseo que no sea plenamente satisfecho; condescendiendo Dios con una infinita bondad á cada una de vuestras inclinaciones. Perdido felizmente en Dios, vivireis de una vida divina y sereis tratado por el, casi como si fuéseis su igual. «Yo le haré sentar conmigo sobre mi trono.»¹ Una sola gota de vuestra felicidad, si cayese en el infierno, bastaría, dice San Agustín, para endulzar toda pena; y aun haría deseable esa morada de eterna desesperación.² Puede pues decirse, que el menos dichoso en el cielo, gozará más, que lo que sufrirán todos los condenados juntos en el infierno. La memoria encontrará una satisfacción particular en recordar los trabajos y los sufrimientos que padeció por Dios en esta vida; y si un bienaventurado pudiese tener algún pesar, sería el de haber padecido demasiado poco. San Pedro de Alcántara apareció después de su muerte á Santa Teresa, y le dijo: «Oh dichosa penitencia que me ha merecido tan grande gloria!»³ Este es un pequeño bosquejo de la bienaventuranza del alma que participará de la gloria propia de Dios; resta que considerar la bienaventuranza del cuerpo. Este participará de la gloria propia del alma; será dotado de los privilegios de los cuerpos gloriosos: de la sutileza propia de los espíritus, por la que podrá pasar al través de una montaña con la misma facilidad que la luz del sol atraviesa el cristal; de la agilidad, con la que podrá en un instante volar de un polo al otro, con más rapidez que la del rayo al bajar del cielo á la tierra; de la impassibilidad; ya no estará sujeto á los dolores y á la muerte, sino que llegará á ser inmortal como el alma su compañera; de la claridad, pues el esplendor de su rostro podría alumbrar el mundo entero, y derramará más luz que la del sol cuando se muestra en el horizonte. Cada sentido tendrá su goce particular: la vista encontrará su satisfacción en ver

¹ Dabo ei sedere mecum in throno meo. Apoc. III, 21.

² Si futuræ gloriæ una gutta deflueret in Infernum, totam damnatorum amaritudinem dulcoraret.

³ O beata pœnitentia, quæ tantam mihi promeruit gloria.

á Jesucristo, á María Santísima, á los bienaventurados; penetrará íntimamente todos los seres materiales pues los verá diáfanos y transparentes. El oído encontrará su contentamiento en conversar familiarmente con Jesucristo, con la Virgen María, con los santos del cielo; y en oír las armonías celestiales. El olfato se complacerá en aspirar los perfumes de esa primavera eterna, en donde los justos florecerán como el lirio y exhalarán el aroma del bálsamo.¹ El gusto experimentará un sabor de nectar y de ambrosía, «que tiene toda clase de deleites.»² El tacto encontrará su satisfacción en la perfecta salud del cuerpo, de ese cuerpo, del cual podrá decirse: «La carne se ha estremecido en el Dios vivo.»³ Vuestra misma carne encontrará placer en cada uno de sus sentidos. «Aunque ya será espiritual, la carne sobreabundará de delicias en todos sus sentidos.»⁴ En presencia de tantos bienes, ¿podrán atraeros todavía los bienes sensibles de esta vida? Y si quereis bienes sensibles y corporales, los tendreis también; nó los bienes deshonestos, incompletos y caducos como los de esta vida; sino los bienes puros, perfectos y eternos. «Este objeto pasajero y sin valor, hacedlo de un precio infinito y eterno amándolo con un amor sobrenatural.»⁵

III

Considerad que el cielo es un bien eterno, y haced tres reflexiones: sobre la longitud, la certidumbre y la amplitud de la eternidad.

I.—Pensad en la duración interminable de la eternidad,

¹ Florebunt sicut lilium, et sicut odor balsami. Is. XXXV, I. Eccl. XXIV, 20.

² Omne delectamentum in se habentem.

³ Caro mea exsultavit in Deum vivum. Ps. LXXXIII, 3.

⁴ Caro quamvis spiritualis effecta, per omnes sensus suos exuberabit deliciis. Laur. Justin. lib. de Discipl.

⁵ Hoc quod exiguum amatis, insinuamus ut ametis æternum. S. Eucher. cp. I paren.

con las comparaciones que han servido á dar una idea de ella, en la octava meditación. Después de tantos millones de siglos, como instantes habrá durado nuestro mundo desde su creación hasta el día del juicio final, vuestra bienaventuranza no hará más que comenzar; y ni aun habrá transcurrido un instante de la eternidad. Un bien se estima tanto más, cuanto más largo tiempo dura. ¿Pues qué estimación deberá tenerse de un bien que es eterno? Vale más un grado de bien en la gloria, á causa de su duración perpetua, que lo que valen todos los bienes temporales del mundo, reunidos juntos, aunque se debiese gozar de ellos por un tiempo finito, aunque fuesen siglos. Todavía más, si la inmensa bienaventuranza de que goza la Santísima Trinidad, pudiese tener fin, le sería preferible la eterna felicidad de un santo, por el solo hecho de que el océano de la divina felicidad debería secarse un día. ¿Y seríais vos tan insensato para cambiar un bien tan grande, por los bienes pasajeros que duran un instante? No penseis que la larga duración del goce traiga la saciedad ó el fastidio; pues esto solo sucede con los bienes de la tierra. Una mesa, por suntuosa que sea, una comedia, aunque sea muy divertida, una armonía, aunque sea muy deliciosa, si duran demasiado os causan fastidio; mas los placeres del cielo no son de esta naturaleza: la música que hacían en el cielo los bienaventurados, delante del Cordero, la llamaba San Juan un cántico nuevo; «ellos cantaban como un cántico nuevo,»¹ porque tenía todos los caracteres de la novedad. Si un placer de la tierra llega á hacerse un suplicio por su larga duración, ¡cuán agradable será la gloria que os hará dichosos por una felicidad siempre nueva, aunque siempre sea la misma!

2.—Si un bienaventurado no estuviese cierto de que su felicidad ha de ser eterna, todo su gozo se vería turbado por el temor de perder algún día un bien tan grande; su temor sería tanto más vivo, cuanto más grande fuese la dicha que

1 Cantabant quasi canticum novum. *Apoc.* XIV, 3.

temía perder. Mas esta preocupación no aflige el corazón de los bienaventurados; pues están seguros que su felicidad no acabará jamás; y esta certeza de un bien futuro es para ellos un bien presente, y les hace gozar en un solo momento de toda la eternidad de su dicha; de suerte que á cada instante gozan de una eternidad de goces, y aun de otras tantas eternidades que hay de momentos infinitos en la eternidad. Un globo perfectamente esférico toca en un solo punto la superficie plana sobre la cual descansa; pero todo su peso se hace sentir en este solo punto. Lo mismo podeis decir del círculo de la eternidad que no tiene fin, y á la cual llama el Apóstol: «un eterno peso de gloria.¹» El bienaventurado toca la eternidad sucesivamente en un punto, pero la certidumbre de ser siempre feliz, le hace sentir en este punto todo el placer de su eternidad: así también el condenado siente á cada momento sobre sí el peso de sus futuros y eternos tormentos. Así como en los condenados, la desesperación es el colmo de sus tormentos, así en los bienaventurados, la seguridad es el colmo de su alegría. ¡Y así os habeis expuesto tantas veces á perder un bien tan grande, sólo por un capricho!

3.—Considerad también, que este eterno contento que experimenta á cada instante el alma bienaventurada, se dobla tantas veces, cuantos compañeros tiene en el cielo que gocen de ella. Mientras más compañeros, más goces,² según la expresión de San Agustín. Como existe entre los bienaventurados una verdadera amistad, habrá también entre ellos una verdadera comunicación de todos los bienes de que goce cada uno de ellos. Cada uno se regocijará y será feliz de la gloria de sus compañeros: y apropiándose así la felicidad de los otros, cada uno gozará de esta misma felicidad tanto como los demás. Y á decir verdad, el que es superior en gloria, gozará más de la gloria del que es menos glorificado, que lo que este mismo goza: porque en efecto, el primero ama más á Dios, por consiguiente, también goza más que el

1 *Æternum glorie pondus operatur in nobis*, II, *Corinth.* IV, 7.

2 *Quot socii, ot gaudia.*

segundo del honor que se da á Dios de la bienaventuranza de su compañero. ¿Qué pensais de la recompensa que Dios os promete en recompensa de vuestro celo en servirle? ¿Qué más podeis desear? Puesto que habeis abrazado el estado eclesiástico para servir así al Señor, animaos á proseguir vuestra empresa, en vista de tan inestimable recompensa. Haced actos de fé, de esperanza y de caridad, y decid al Señor:

Omnipotens sempiterne Deus, da nobis fidei, spei el charitatis augmentum; et ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod praecepis. Per Christum Dominum nostrum. Amén.

LECTURA. Imit. III. 49.

XX MEDITACION

Del amor de Dios.

DÉCIMO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

1. *Preludio*.—Representaos una madre que ama tiernamente á su hijo pequeñito: miradla como vela á su lado mientras él duerme en su cuna. Si se despierta, le toma en sus brazos, le alimenta, para que dé unos pasos le sostiene para que no caiga; y en fin, le rodea de todas esas atenciones delicadas que una madre sabe encontrar para tratar á su hijo.

2. *Preludio*.—Pedireis á Dios la gracia de conocer su amabilidad para amarle, 1.º con un amor de preferencia á cualquiera otro bien, como lo merece su ser amabilísimo; 2.º con un amor de correspondencia, amándole tiernamente, como lo merece su corazón amantísimo: 3.º con un amor de gra-

titud, no olvidando nunca los innumerables beneficios recibidos de sus manos. Podeis dirigirle por la tarde las jaculatorias siguientes: «Yo os amaré. Señor, que sois mi fortaleza, mi apoyo, mi refugio y mi libertador. ¹ » «Mi amado es para mí, y yo soy para él. ² » «He encontrado al que ama mi alma, le tengo, y no le dejaré ir. ³ »

Esta meditación comprende tres puntos: 1.º Dios es amable en su ser, 2.º es amable en su corazón, 3.º es amable en los beneficios que derraman sus manos.

I

Considerad cuán amable es Dios por su divina naturaleza, es decir, en cuanto á que encierra en sí todo bien perfectamente, puramente, é inmutablemente.

I.—Dios contiene en sí todo bien, perfectamente. El bien és el imán que atrae naturalmente á sí los afectos de nuestro corazón. Mientras más grande es el imán material, más fuerza tiene para atraer hacia él el hierro: del mismo modo, mientras más grande es el bien, más propio es para atraer nuestro corazón. ¿Y dónde encontrareis jamás, un bien más grande que Dios, que encierra en sí todo el bien de las criaturas? *Deus meus et omnia*, decía el seráfico San Francisco. ¿Qué amais pues en las criaturas que no sea una gotita de agua recibida como participación del mar inmenso de las divinas perfecciones? En unos amais el saber, pero este saber no es más que ignorancia en comparación de la sabiduría divina; en otros amais la hermosura, pero esta hermosura no es sino fealdad ante la hermosura de Dios: amais el poder; pero el poder de una criatura no es sino debilidad al lado del poder divino. Amais la inocencia, la santidad, la bon-

¹ Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus. Psalm. XVII, 3.

² Dilectus meus mihi, et ego illi. Cant. II, 16.

³ Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam. Cant. III, 4.